

Capítulo 14 - Luces pálidas

- [Capítulo 14 - Luces pálidas](#)

Capítulo 14 - Luces pálidas

Angharad se sentó en un banco a comer sola, sumida en sus pensamientos, sin que ello fuera misericordia.

La mitad de su cabal ya se había ido hace mucho, y el último miembro... Por mucho que la noblewoman lamentara estar allí absorta y mordisqueando sus propios pensamientos, compartir una comida con Song tras su conversación anterior quizás fuera aún peor. Que su propia capitana hubiera considerado necesario informarle que carecía de modales fue algo humillante más allá de las palabras. Que luego Song pensara que tal vez preferiría encontrar otro cabal en lugar de enmendar su propio comportamiento fue mucho, muchísimo peor.

¿Había realmente arruinado su propia reputación tan por completo sin siquiera notarlo?

Oh, estaba claro que los demás entraban en ese asunto con los ojos vendados. Tristan había nacido en la calle, por lo que mantenía una aguda empatía por aquellos que perdían en la historia, mientras Tianxi odiaba la esclavitud lo suficiente como para perdonar cualquier cosa a quienes la practicaban. Y Maryam, ella tenía un apego comprensible a su tierra natal, independientemente de sus méritos genuinos. Sin embargo, nada de esto excusaba que Angharad ofendiera tan regularmente que los demás ya esperaban esa conducta de ella.

Que la deshonra hubiera llegado silenciosa y sin que ella se diera cuenta no la invalidaba, pero ni siquiera esa era la parte en la que pensaba. ¿Cómo se reparaba algo así? Ofrecer cortesía en adelante no corregía el agravio, solo lo ponía en claro. Las reparaciones monetarias eran un modo aceptable para una dama de presentar una disculpa a alguien de menor rango, pero Angharad ahora solo ostentaba un título por cortesía. Tales reparaciones podrían considerarse fingir modestia. Entonces, una ayuda o algún modo de favor. Los Pereduri tendrían que meditar qué límite debía imponerse a esa oferta: ¿muerte, herida, la primera sangre?

Resultaba molesto que las enseñanzas de su padre sobre hacer justicia a la gente común fueran dirigidas a su calidad de señora, y no como a una compañera. Pero, ¿cuántos pares de Peredur alguna vez habían estado en una posición en la que pudieran considerar a la gente de baja cuna como iguales?

Mientras fruncía el ceño ante el pavimento de piedra, Angharad había terminado ya la mayor parte de su merienda — pescado salado y unos pocos tomates cherry — sin darse cuenta, cuando unos pasos la hicieron levantar la vista. Lo que vio le hizo borrar su ceño, pero su estómago no soltó el nudo: la capitana Imani Langa no era una visión tranquilizadora, acompañada o no de una desconocida.

La Malani, era tan hermosa al lucir un uniforme estándar como en el más elegante; lo llenaba con la misma gracia seductora. Hoy, llevaba su cabello trenzado en largos hilos entrelazados que formaban ondas. Seguía sonriendo aquel enigmático gesto, que Angharad encontraba, con su

angustia, que no era menos seductor por el conocimiento de que Imani Langa era una agente de la Casa de la Mano Izquierda. La obligó a mirar al acompañante en su lugar.

A ese hombre, decidió Angharad tras un breve instante, sería lo que Tristan sería si el molde sacromontano que lo formó estuviera lleno de letalidad en lugar de encanto. El licerzen del mismo estatura que su camarada, con el cabello caótico y oscuro, y aunque su expresión era severa, en comparación con las sonrisas de Tristan y sus ojos marrones en lugar de grises, estos mostraban una inquietud propia, en una forma tranquila y que parecía mentir con naturalidad. Pero este, en cambio, era delgado, musculoso, y su rostro tenía una cicatriz cruzada en el mentón. Tenía callos por el trabajo con la espada en las palmas de las manos y un costado de espada desgastado a su cadera.

Angharad había visto suficientes de esa raza para decir que se movía como un asesino, y uno experimentado, además.

“Lady Angharad,” sonrió Imani. “Qué agradable sorpresa encontrarte aquí.”

La noblewoman dejó a un lado lo último de su comida y se levantó, aclarando la garganta.

“Capitana Imani,” respondió ella. “El placer es todo mío.”

La encantadora espía le ofreció la mano para besarla, y sería terriblemente descortés negarse, así que ella presionó suavemente sus labios contra los nudillos. Una vez más levantó la vista, logrando captar una sonrisa ligeramente ampliada, que le producía más placer de lo que debería haberle gustado. Imani retiró su mano, luego se volteó parcialmente para enfrentarse a la tercera.

“Pensaba en presentarte a uno de mis cabalistas,” dijo.

El hombre de cabello oscuro asintió con un saludo breve.

“Salvador,” dijo.

Su Antigua tenía el mismo ritmo que el de Tristan, pensó Angharad. Debía ser también Sacromontano.

“Angharad Tredegar,” respondió. “Briaga del Trece.”

“Por desgracia, rechazaste la invitación de Thando para cambiar eso,” deploró la capitana Imani con ligereza. “Debo confesar que te presento a Salvador con un motivo oculto, mi señora — él también es un Skiritai, y ahora debo dejarlo para dirigirme a mi propia clase.”

La encantadora espía tocó su muñeca.

“Es bastante tímido, así que pensé en dejarlo aquí en buenas manos, esperando.”

Salvador le lanzó a su capitana una mirada que no era particularmente tímida, pero luego suspiró.

“Agradecería compañía,” dijo el hombre de cabello oscuro.

“Eso puedo ofrecer,” afirmó Angharad, asintiendo con la cabeza, y él le devolvió el gesto.

Por más que sus intenciones parecieran cortas o vacilantes, sería mejor que seguir enredada en sus propios pensamientos.

“Estoy agradecida por tu amabilidad,” dijo la capitana Imani, sonriendo aliviada. “Aunque temo que ahora debo imponerme en tus modales, pues tengo asuntos urgentes en la calle Hostel.”

“No te retendré entonces,” respondió Angharad con gallardía.

“Oh, pero debes,” sonrió Imani con un gesto de burla. “Simplemente no ahora. Ven cuando tengas tiempo, Angharad. Todavía me hospedo en las Bóvedas Esmeralda; solo tienes que preguntarme de frente.”

La fría advertencia de que Imani Langa era un ufudu le heló la sangre, disipando cualquier sonrisa o insinuación que pudiera haberse despertado en ella. La otra mujer no la invitaba a un encuentro clandestino, sino que buscaba incitarla a robar para La Casa de la Mano Izquierda en nombre de la Watch — pues, aunque la Alta Reina había afirmado que lo que buscaban le pertenecía y por tanto era cierto, la Watch podría tener otra opinión, y Angharad había jurado lealtad a ellos.

Simplemente asintió, dejando que la conversación moribunda se extinguiera, y la capitana Imani se alejó con la misma rapidez con la que había llegado. Angharad se volvió, enfrentándose a los ojos castaños y al rostro impasible de Salvador, y tragó saliva.

“Buen día,” intentó. “Ideal para pasear.”

El Lierganense levantó una ceja muy levemente, y a la noble le vino la idea demasiado tarde: el clima en Tolomontera, de hecho, lo dictaba el Gran Orrery en un ciclo establecido. Ay, ninguna grieta entre los adoquines era lo suficientemente grande para que ella pudiera desaparecer y morir.

“¡Angharad, allí estás!”

La Pereduri se volvió para ver a Shalini Goel acercándose, y juró en silencio que algún día devolvería ese gran favor. La curvilínea Someshwari iba armada hasta los dientes, portando cuatro pistolas y una hoja doble recta a la cadera — un vaal, recordaba que así las llamaban. Nobles y capitanes de los sur de Someshwar peleaban con ellas. Se distinguían de las comunes aruvál, que eran usadas solo para derramar sangre en batalla, nunca para atravesar la maleza.

Angharad consideró extraño que Shalini pudiera haber sido entrenada en un arma así, cuando no disponía de un nombre noble que defender, hasta que le vino a la mente la posibilidad de que quizás había sido preparada para usarla en favor de Ishaan. Sintió una punzada de compasión por la pérdida de la otra mujer, que empañó su sonrisa justo cuando Shalini casi los hacía caer al detenerse abruptamente.

“¿Qué hacías escondida junto a una estatua?” preguntó Shalini, luego sacudió la cabeza. “No importa, al final te encontré. ¿Quién es ella?”

Angharad aclaró su garganta.

“Salvador, permítame presentarle a Shalini Goel, de la Trigésimo Primera Brigada,” dijo. “Es una compañera Skiritai.”

“Encantada de conocerte,” contestó Shalini.

“Shalini, permítame presentarte a Salvador, de la Undécima Brigada.”

El Lierganen gruñó y asintió con la cabeza. Angharad le lanzó una mirada a su amiga que rozaba la súplica.

“¿No eres de mucho hablar, verdad?” dijo Shalini con humor.

Salvador negó con la cabeza.

“Garganta,” dijo.

Ah, entonces era una condición y no simplemente su disposición natural.

“Suenas desagradable,” comentó la someshwari. “Pero no te preocupes, puedo hablar por dos.”

“Eres modesta,” observó Angharad.

Shalini rodó los ojos.

“Los isleños, siempre creen que son graciosos,” le dijo a Salvador. “El mío no para de hacer chistes sobre cómo los tés de Tianxi deben ‘tener todos el mismo sabor bajo el Cielo’, y nuestro compañero de cábala está a punto de ponerle una almohada sobre la cara mientras duerme.”

Salvador resopló, luego tosió en su puño.

“Imani dice que aumentará nuestra asignación si somos buenos,” expresó con simpatía.

La traición de los pueblos continentales de Vesper, bien documentada en las páginas de la historia, siempre fue una carga para la grandeza del Reino de Malan. La noble señora guardó con dignidad la última parte de su pescado salado, divertida al escuchar a Shalini desear haber recordado llevar algo para picar también. De hecho, Angharad no lo había recordado.

Song le recordó que, a menos que quisiera ir y venir sola entre su cabaña y la Scholomance — una proposición arriesgada — lo más prudente sería que esperara unos momentos junto a las puertas de la escuela y quizás llevase algo para comer o leer. Angharad no había pensado en adquirir libros el día anterior, así que optó por algo para picar en su lugar.

Los tres salieron a la plaza, donde habían sido instruidos para esperar, encontrando la multitud de estudiantes ya desaparecida. Solo permanecían los Skiritai, instruidos para esperar ante las puertas de Scholomance a su maestro designado para la alianza. Los estudiantes se agrupaban en pequeños círculos, charlando en voz baja — como si la sombra de Scholomance pudiera sentirse ofendida de otra forma — y Angharad dejó que su mirada vagara. Reconoció pocos rostros en ese lugar, aunque algunos llamaron su atención.

Allí estaba Lord Musa Shange, rodeado de otros, ignorando cuidadosamente su existencia mientras conversaba con una delgada someshwari. También estaba Muchen He, del Cuarenta y Nueve, vigilando al niño de ojos de lobo, de la cábala de Tupoc. ¿'Descarte', pensó ella? Era uno de esos pocos estudiantes que permanecían solos, su mirada casi nunca abandonando el suelo.

“Al menos sesenta de nosotros aquí,” dijo Shalini.

“Más,” agregó Salvador, asintiendo.

“Pensé que seríamos más,” admitió Angharad. “Me parece que ninguna cábala debería estar sin un Skiritai.”

“No todos forman una compañía de combate,” señaló Shalini. “Conozco a Ferranda en...”

El pistolero de curvas fue interrumpido, aunque no por las palabras de otro: la llamada estruendosa que cortó el aire no era una metáfora sino el sonido real de dos trompetas resonando. Mal. Angharad observaba con algo parecido a la incredulidad mientras dos niños vistosamente adornados, ninguno mayor de trece años y cada uno portando suficientes cintas y galas como para decorar un salón entero, cruzaban uno de los puentes que conducían a Scholomance antes de dirigirse a los lados.

El más alto, de mejillas sonrosadas y ojos brillantes, carraspeó mientras en las cercanías, unos sesenta estudiantes armados lo miraban intensamente.

“Ahora anunciamos a Su Grace,” gritó el muchacho. “Mariscal Hermenegildo Berenguel Adamastor de la Tavarin, Conde de Encoberto.”

El otro niño le susurró.

“Retirado,” añadió rápidamente el paje.

Se hizo silencio. El hombre anunciado no aparecía por ninguna parte.

Angharad quedó en la incómoda posición de esperar que todo fuera alguna broma. Además, ¿acaso no estaban los negros capuchos obligados a renunciar a sus títulos al vestirse de negro? Este Mariscal de la Tavarin ya no debería ser conde.

“Espera, si está retirado, ¿puede seguir llamándose mariscal?” frunció el ceño Shalini.

Angharad parpadeó.

“Yo... creo que no?” pronunció lentamente.

¿Había la Guardia sido engañada por un charlatán? Eso era sumamente inquietante. Los jóvenes paje se habían estado moviendo inquietos, incómodos bajo la peso de tantas miradas, pero cuando de repente enderezaron la postura, Angharad los miró más allá y finalmente vio al profesor acercándose.

El hombre era Lierganense y anciano, quizás la persona de mayor edad que Angharad había visto. Caminaba apoyándose en un bastón con cabeza de león de bronce, con la espalda ligeramente curvada, y su rostro bronceado y arrugado como cuero viejo. Aunque aún quedaba algo de negro en sus cejas, eran su impresionante bigote blanquísimo y sus largas y nevadas trenzas las que captaban toda la atención. Por un instante, pues, el anciano ‘Mariscal’ vestía de manera verdaderamente llamativa.

Aunque su abrigo hasta la rodilla era negro de la Guardia, las mangas estaban arremangadas y eran de un vibrante amarillo con botones plateados que relucían. Sus pantalones y medias eran immaculados y blancos, a juego con su enorme corbata de crin y sus delicados zapatos de gamuza que parecían más adecuados para un salón de baile que para la calle. Su sombrero era de ala ancha, bordado en plata, aunque esto pasaba desapercibido por el tamaño casi absurdo de la pluma amarilla que llevaba pinzada en él.

Su lento y pausado avance hizo que los estudiantes murmuraran. Salvador soltó un pequeño sonido de sorpresa que llamó su atención.

“Farfan,” dijo.

Angharad ocultó su sonrisa confundida tras una expresión amable. Afortunadamente, Shalini sabía a qué se refería.

“Farfanos son mercenarios,” explicó. “Sus compañías luchan en Viejo Liergan por quien pueda pagarles, incluso por los huecos. Son excelentes soldados, según he oído, que ven más sangre en la rutina que nadie salvo los Izcalli.”

La Pereduri estaba bastante interesada en cómo una joven de Ramaya —tan lejos de Viejo Liergan como era posible seguir viviendo dentro de las fronteras del Imperio Someshwar— había llegado a conocer a estos mercenarios, pero esta no era momento de preguntar. Con una innecesaria reverencia en su bastón, el anciano se detuvo y aclaró su garganta una vez más. Obtuvo el silencio que no había pedido del todo.

Abrió la boca para hablar, pero lo que dijo se vio ahogado por el sonido de los pajes tocando nuevamente sus clariones. Ambos lo miraron expectantes, y tras unos momentos, el anciano suspiró y les lanzó una moneda de oro. Ellos bajaron los clariones y corrieron sin mencionar otra vez, conversando entusiasmados.

Hubo un repentino brote de ataques de tos entre los estudiantes, que algunos quizás interpretaran como risas contenidas de manera inapropiada.

—Puede llamarme Mariscal —anunció el viejo con voz desgastada—, o Su Excelencia. Me han encomendado desde la Guilda Skiritai convertir en algo útil a ustedes.

Angharad lo observó con escepticismo. Bajo las reglas de etiqueta formal del Segundo Imperio, que todavía seguían la mayoría de los estados de Liernan, la forma correcta de dirigirse a un conde era 'Su Excelencia'. Aunque él no reclamaba la cortesía que correspondería a un título superior, en cierto modo era aún peor: 'Su Excelencia' no era, según su conocimiento, una expresión usada en Liernan. Pensó vagamente que tal vez se utilizaba en el antiguo Reino de Cathay, pero había caído en desuso alrededor del mismo tiempo en que los nobles cathayos perdían sus cabezas, volviéndose igualmente impopulares.

—Sígueme —ordenó el Mariscal con poca gracia, y con otro gesto de su bastón se volvió.

El anciano empezó a cruzar el puente nuevamente, y tras un breve momento de duda, los estudiantes comenzaron a seguirle. Angharad compartió una mirada con Shalini, quien se encogió de hombros.

Lo siguieron.

—

Habían sido instruidos para reunirse en el Viejo Teatro a la hora décima quinta, pero Song supo en cuestión de instantes que no debían quedarse allí.

La estructura, imponente pero demasiado grande y vacía, no servía bien ni como aula ni como salón. El Viejo Parque probablemente podría adaptarse para tal fin si fuera necesario. Pero, ¿lo era? Song lo dudaba. La Academia era la más grande y acaudalada de los pactos —en números absolutos, si no en comparación— y si los Navegantes habían podido costear una sede en Port Allazei, entonces los Frisos seguramente tenían la suya propia.

Algo en mejor estado que este antiguo teatro, que aunque había resistido los años con admirable resistencia, seguía siendo, en esencia, una ruina.

No obstante, se permitió dedicar unos momentos a estudiar los terrenos donde se había llevado a cabo una velada a la que no había asistido. Quedaban pocos vestigios de la celebración, apenas líneas de tierra removida en el césped y franjas de piedra recientemente limpiada que contrastaban con la mugre natural del resto, pero podía imaginarse su disposición. Los pabellones, las mesas, las teas, la forma en que los invitados serían inducidos a mezclarse en la planta baja, aunque también habría espacio para paseos privados en las cabañas convertidas en jardín. Sin duda, habría sido una velada encantadora, y sus ojos habrían obtenido muchas ideas útiles.

Pero el nombre Ren no encajaría por ese umbral.

En lugar de detenerse en esa desagradable realidad, Ren eligió una de las cabañas más bonitas para ella. Una barandilla de piedra junto a un tramo de césped y flores rojas fragantes, situada en el anillo más cercano a lo más bajo, pero lo bastante alejada de las escaleras que conducían allí. Llegó a las veinte en punto, pero encontró a media docena de estudiantes que todavía la

precedían. El capitán Philani, del mismo día por la mañana, era uno de ellos, así que se desvió para intercambiar saludos corteses. El capitán, de la Brigada Treinta y Ocho, era cordial y acogedor, pero no había calidez en su actitud, por lo que no se quedó mucho.

Era tarea de Song forjar alianzas con otros capitanes para que los muchos rivales del Decimotercer capítulo consideraran la enemistad que podrían ganar, pero el de la Treinta y Ocho no estaba en la lista de candidatos principales —estaba satisfecha con haber demostrado que el capitán Philani no le era hostil, incluso cuando Angharad ya no estaba allí para impresionarla.

La canción había sido de las aves matutinas, pero para cuando ella regresó a su cabaña, las noticias comenzaban a filtrarse. Muchos descendieron hasta la planta baja, donde se encontraba el escenario del teatro, y empezaron a charlar allí. No era mal momento para comenzar a hacer conexiones, como algunos capitanes estaban haciendo ante sus propios ojos; sin embargo, la Tianxi tenía sus razones para contenerse. Dado el número de enemigos que la Decimotercera ya presumía, era prudente explorar el territorio antes de lanzarse de lleno, y más allá de eso, prefería claramente la calidad sobre la cantidad.

Mejor tener un solo aliado competente y fiable que un grupo de amigos de ocasión.

Fue abordada en su cabaña por la capitana Anaya de la Vigésimo Tercera, líder del joven Malani que había roto el hielo durante la clase del Mandato al responder primero, y se encontró con una delicada exploración por parte de la sombría Someshwari. Le tomó un momento a Song estar segura de qué quería averiguar la otra mujer, pero en cuanto lo logró, se esforzó en revelarlo de inmediato.

"Por supuesto, todos llevamos a nuestros enemigos con nosotros. Uno de mis propios cabalistas estuvo a punto de luchar con Tupoc Xical hasta la muerte en el Dominio de las Cosas Perdidas", dijo Song con indiferencia.

La capitana Anaya frunció el ceño, pero no por disgusto. Según lo que ella podía notar, simplemente era una expresión natural.

"Un hombre particularmente desagradable", comentó la Someshwari.

"Eso es lo único que se puede decir con certeza sobre él", estuvo de acuerdo Song. "No desearía una alianza con él ni siquiera a mis peores enemigos".

La capitana Anaya pronto se excusó, dejando a la capitana de ojos plateados con una sonrisa divertida. Tupoc se había hecho enemigos de la Brigada Vigésimo Tercera, al menos lo suficiente para que su capitana se acercara a Song para averiguar cuál sería la postura de la Decimotercera en caso de que surgiera un conflicto. Jugar a las pruebas del Dominio te matará, Xical, pensó, aunque no tenía intención de ayudarle diciendo eso.

Habiendo pasado la última llegada, el flujo de asistentes se había reducido por completo a exactamente sesenta estudiantes, incluyéndose a sí misma, y eso simplemente tenía que ser una cuota establecida.

Y con las últimas llegadas llegó una segunda visitante. Su atención en cómo caían las piezas fue interrumpida por el sonido de botas sobre el césped, la Tianxi giró con una sonrisa cordial de saludo – solo para encontrarse con Ferranda Villazur devolviéndole la mirada con aire divertido.

"Song", dijo, asintiendo.

Un solo mechón de cabello rubio se había soltado del moño, cosa que Song tuvo que evitar mencionar con esfuerzo.

"Ferranda", respondió en su lugar. "Vas apurándote demasiado".

Ya casi era hora, pensó, antes de que llegara el momento señalado. La infanzona se acercó para apoyarse contra la balastrada de piedra junto a Song.

"Fui a echar un vistazo al lugar donde la Sociedad Umuthi realiza sus clases", dijo Ferranda. "Los Tinkers tienen un taller propio escondido al este de los muelles, fue una sorpresa bastante grata".

Song inclinó su cabeza en señal de agradecimiento y le devolvió el gesto con igual cortesía.

"No están solos en contar con ese lujo. Los Navegantes tienen una sede cercana a la Calle del Hostal".

Una reflexión humilde.

"Debió costar una fortuna reconstruir Port Allazei para que fuera habitable más allá de los cuarteles de la guarnición", comentó Ferranda. "Y además tomó bastante tiempo. Me pregunto cuánto tiempo ha estado planificando todo la Guardia".

¿Y por qué?, no lo dijo en voz alta. Todas se preguntaban, porque la respuesta arrojaría mucha luz sobre lo que les deparaba el futuro a todos ellos. ¿Por qué la Guardia había reabierto esa antigua y sanguinaria escuela? Debía haber una razón, un plan o una necesidad. Las dos permanecieron en silencio, cómodamente, observando las alianzas que se formaban abajo.

Y Ferranda claramente no parecía dispuesto a marcharse.

Ambos sabían que esa era una declaración visible para cualquiera que quisiera ver, lo cual abarcaba casi todos los capitanes de Tolomontera.

"¿Estás segura?" preguntó simplemente Song.

"Ese malnacido de Musa no dejará en paz a Zenzele solo porque Angharad lo haya humillado una vez," respondió Ferranda con pragmatismo. "Mi enemistad con los Nueves no está abierta a debate, solo la exacta magnitud de ella. Juntos no somos un blanco tan fácil."

"Podrías llegar a un acuerdo con el Tercer," sugirió Song con tono ligero.

La infanzona de cabellera dorada ladeó los ojos.

"¿Y así puedo convertirme en caballeresa de la capitana Nenetl, a la espera de eliminar a Sebastián Camaron?" replicó ella. "Debo rechazar ese honor, como tú."

Song sonrió. Un aliado astuto valía por diez.

"Han sido tan abiertos acerca de su rivalidad que me he preguntado si acaso no es fingida," confesó.

"¡Oh, puedo asegurarte que ella realmente lo detesta con todas sus fuerzas," dijo Ferranda. "Los tuve juntas una vez en un consejo de capitanes, y fue toda una experiencia. No hay forma de que esa cantidad de rencor pueril haya sido simulado."

Eso era bueno de saber, y una vez más reforzó la importancia de asistir a tales consejos. Song preguntó cuándo sería el próximo, y le informaron que aún no estaban fijados, pero que le enviarían aviso en cuanto se confirmara la fecha. Las dos, ahora plenamente unidas en un mismo interés, comenzaron a analizar las corrientes que los rodeaban.

Caras conocidas abundaban. Song había sido mirada con desdén por el capitán Tengfei del Cuarenta y Nueve anteriormente, mientras su posible reemplazo, Ramona, saludaba con entusiasmo y había asintido con la cabeza en un intento de hacer las paces con la brigada, si surgía la oportunidad. Tupoc había pasado por allí y ahora mostraba una sorprendente capacidad para mantener una conversación sin insultos, entreteniéndolo a dos estudiantes de Izcalli con una historia rápida que los hacía reír a carcajadas.

Pero esas eran pequeñas piezas, y en el agua había ballenas: en las profundidades, en la planta baja, se habían formado tres cortes rivales.

El capitán Sebastián Camaron, del Noveno, presidía uno de los mayores, con más de una docena de estudiantes agrupados a su alrededor. Song memorizó sus rostros, consciente de que podrían convertirse en instrumentos en su contra. Una de ellas le recordó a la descripción de Abrascal sobre la capitana Imani Langa, pero la Tianxi de ojos plateados aún mantenía la esperanza de estar equivocada. Si no lo estaba, separar a Angharad de los encantos de esa belleza seductora sería una labor larga y ardua, y sin duda, ingrata. Era como volver a Ruesta, solo que más peligrosa por la ineficacia general de la nueva mujer.

Para identificar a la figura principal del segundo mayor encuentro, la máxima rival de Sebastián Camaron, necesitaba la ayuda de Ferranda.

"Es la capitana Vivek Lahiri, del Primer Escuadrón," dijo la infanzona.

El contrato de la capitana era extenso, notó Song, uno de los más largos que había visto — una especie de páginas de texto en lo que parecía ser Samratrava. Tenía ganas de verlo mejor.

"¿De antecedentes?" preguntó.

"Por lo que he oído, tiene familiares en todas las compañías libres de Someshwari que valga la pena recordar el nombre," dijo Ferranda.

"Entonces tenemos a un noble de las compañías libres y a otro del puesto regional más cercano a la guarnición," afirmó Song. "Eso huele a pólvora negra."

Las compañías libres más poderosas habrían ordenado a sus hijos unirse para excluir a los estudiantes de la guarnición — lo cual probablemente también fuera cierto en sentido inverso, considerando las enemistades internas en ambas ramas de la Guardia. Ahora que la Scholomance estaba abierta de nuevo, todos tenían interés en asegurarse un lugar en ella. Incluso dejando de lado cualquier secreto o plan oculto, dominar una institución que podía convertir a los covenantistas en literal centenas era algo que valía su peso en oro.

"Por ahora, mantienen una distancia prudente," dijo la infanzona. "Aunque eso no durará. Temprano o tarde, uno de los dos querrá demostrar que tiene la mayor autoridad y que es el rey niño de Allazei."

Song tarareó.

"Y, detrás de ellos," continuó, "está nuestro viejo amigo de la Tercera."

La capitana Nenetl Chaputl de la Tercera Brigada, con sus delicados rasgos sobre una silueta corpulenta difícil de confundir con otra, había formado su propia corte. Sin embargo, era notablemente más pequeña que las otras contendientes y de menor calidad también.

"Ella está recogiendo los restos tanto de las compañías libres como de la Guarnición," observó Ferranda. "Es bastante astuta, pero solo la llevará hasta cierto punto."

No habían sido las primeras opciones de las fuerzas mayores por una razón, y la capitana Nenetl no tendría un emblema tan convincente que ondear para mantenerlos a su lado como las otras dos. Aun así, su posición no era para nada mala. Al menos, por ahora.

"Solo necesita mantenerse visible y algo prominente hasta que Camaron tropiece, entonces podrá usurpar las partes de su facción que le sean útiles," dijo Song.

Hasta entonces, ella tendría que recorrer con delicadeza esa línea, manejando intereses tan diversos. Y si Sebastián Camaron no caía por sí mismo, ella debía planear que tropezara o que su posición se desvaneciera como la neblina. Solo los más insensatos apostarían a un caballo perdedor. Sin embargo, al final, entre los tres capitanes principales apenas sumaban la mitad de los sesenta estudiantes reunidos abajo. Muchos de los capitanes habían bajado a rendir honores, pero ahora mantenían su distancia, y así seguirían durante meses.

Un silencio repentino en el suelo, con los courts volviéndose tranquilas en un parpadeo, atrajo sus miradas a las de Ferranda y a las suyas. El motivo era evidente en un instante: su profesora había llegado.

"¡Arriba!"

La orden fue clara, precisa, y provocó que todos los estudiantes que estaban en la planta baja se apresuraran a ascender rápidamente al primer círculo.

Había salido de la boca de una Tianxi, una mujer de casi cuarenta y tantos que lucía imponente en su uniforme formal. Ella era baja, pensó Song, y su rostro sencillo. Sin embargo, tenía presencia, ojos penetrantes que imponían respeto dondequiera que ella pasara, y su mirada se fortalecía aún más por el austero chongo que llevaba en el cabello. La bufanda de seda roja atada en un nudo alrededor de su cuello era la única desviación del uniforme tradicional, que era de buena calidad pero muy práctico.

La profesora se detuvo al final del escenario, con la espada y el pistolón en su cadera brillando sin brillo bajo las pálidas luces del Orrery.

“Me llamo Coronel Chunhua Cao,” dijo. “La he enviado la Academia para que los prepare y alcancen un nivel aceptable antes de que se gradúen en la Escolomancia.”

La coronel Cao elevó su voz para que se oyeran bien.

“Mis méritos para enseñarles son los siguientes: he servido tanto en compañías libres como en fuerzas de la Guarnición.”

Su mirada recorrió constantemente a la multitud.

“Mantuve un mando en primera línea durante la movilización general para suprimir Loving Kiss y posteriormente sirvió como oficial en campo en la Long Burn y en la Guerra de Sordan. Fui negociadora en la Paz de Concordia y dicté los términos de la rendición en el asedio a Yueliang Shan.”

La Paz de Concordia, Sabía Song, era el tratado que había puesto fin a la Guerra de Sordan. Respecto al asedio mencionado, debía formar parte de la Rebelión del Arroz Rojo, cuando un culto de bandidos en Sanxing se alzó en rebelión tras la incitación de una conspiración de dioses de las montañas. Sus fortalezas ocultas resistieron con dureza mucho más allá de que la causa estuviera perdida.

“De las diez condecoraciones más altas otorgadas por la Academia, poseo siete,” afirmó el coronel Cao, “y he rechazado en dos ocasiones un ascenso a teniente general.”

Un rango que, aunque inferior al de mariscal, le habría concedido una fortaleza para gobernar y un asiento en el Cónclave.

“Me han persuadido para enseñar en esta escuela, pero advierto desde ahora que no tengo paciencia para esfuerzos mediocres ni para arrogancias insignificantes. Si no alcanzan mis expectativas, los expulsaré de mi clase y de la Scholomance.”

Una mirada reveló a Song que algunos dudaban de ello, lo que Coronel Cao notó. Ella esbozó una sonrisa fría.

“Paso treinta años sirviendo como oficial en los peores fuegos conocidos en nuestra orden,” dijo. “Me deben más favores de los que puedo contar y he enterrado suficientes cuerpos como para llenar un cementerio de liches. Por supuesto, pueden escribir a sus patrocinadores.”

Se inclinó hacia adelante.

“Ellos les dirán lo mismo que yo ahora: si se salen del camino, tendrán en la próxima nave lejos del Puerto Allazei.”

Incluso los príncipes aprendieron a no mostrar duda esta vez. El silencio se extendió hasta que la Colonel Cao asintió satisfecha.

“Con eso basta,” dijo. “Ahora pueden bajar. Les mostraré el camino hacia la sede de la Academia en la isla. No se demoren y asegúrense de memorizar la ruta — no la mostraré otra vez.”

Un ardor ardía en el interior de Song, no por la idea de la posada o incluso de la primera clase: era por la maestra, que la llenaba de entusiasmo, aunque tratara de ocultarlo.

¿Cómo no emocionarse, cuando parecía que sería enseñada por una mujer que encarnaba todo lo que ella aspiraba a ser?